

intervengan directamente en el diseño de la política estatal. Pero, sin que el Estado intervenga dentro de sus empresas y sus negocios. Un orden social, donde lo privado defina lo público, pero lo público no interfiera sobre lo privado. Por lo tanto, los procesos de autonomización del Estado frente a los intereses de lo privado resultan enterrados en medio de la negociación entre unos actores económicos, y mimetizados bajo el velo de la confrontación política e ideológica. Dura conclusión, que aunque deba ser matizada, no deja de ser muy atractiva como marco interpretativo no sólo para la historia económica, sino también para la historia política de las décadas posteriores.

Néstor Castañeda Angarita

Maestría de Historia

Universidad Nacional de Colombia

Miguel Antonio Caro y la cultura de su época. Rubén Sierra (editor). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia , 2002, 394 páginas.

La imagen que aparece en la portada de *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* puede utilizarse como motivo para ubicar el contenido mismo del texto. Es decir, esa figura sirve como mapa del recorrido monográfico que proponen los diferentes autores de la compilación. Se trata de una caricatura de Alfredo Greñas publicada originalmente el 19 de abril den 1890 en el periódico de oposición *El Zancudo*. Sobre un paisaje sabanero la efígie de Rafael Núñez corta desdénosamente la cuerda de una cometa. En primer plano un individuo corre tratando de elevarla a pesar de que ya se encuentra cayendo en picada mientras arriba se ven otras cometas marcadas con el nombre de publicaciones críticas que aún campean en el cielo. Lo que el dibujo sugiere es cómo la libertad de prensa fue severamente recortada durante los gobiernos de la *regeneración*. Otros comentaristas parecen precaverse de la situación de *recorte* que se avecina para sus periódicos.

Indicativa del ambiente jocoso en que se desarrollan éstas representaciones, la ilustración visibiliza no solo la circunstancia de la censura sino que sirve para entender los mecanismos de configuración de la imagen de la Regeneración durante la última década del siglo XIX en Colombia. El análisis que emprende Beatriz González apunta precisamente en esta dirección: indagar los criterios de elaboración del escenario político del momento. Primero están los protagonistas del drama. En lugar de centrarse en los grandes bustos y egregios retratos de los prohombres de la patria, interesa detenerse en la producción de siluetas paródicas. Por vía de contraste con la monumentalidad

conque son presentados los hombres de Estado en manuales de historia y caídas escolares, las caricaturas permiten dimensionar la percepción a nivel cotidiano que se tenía de ellos. En lugar de un Rafael Núñez imponente y aureolado se vislumbra una criatura de rasgos ridículos, pintada en el acto de cometer un atropello a los principios constitucionales que con tanto ahínco decía defender. Miguel Antonio Caro es un ser deformé, de expresión malevolente, que en vez de erigirse como modelo de buena conducta acorde a la moral cristiana en las caricaturas de Greñas se halla conspirando contra los intereses colectivos o urdiendo trampas para perpetuarse a sí mismo en el poder. La *Gráfica crítica entre 1886 y 1900* se constituye en un contradiscurso severamente reprimido por gobiernos que de acuerdo a las evidencias documentales aportadas por Beatriz González persiguió y castigó con drásticidad el ejercicio de la oposición en prensa. Se trata, como afirma la autora, de una creación de íconos que enfrentándose a los mecanismos de producción de imágenes desplegados por el Estado fraguan el contexto cultural (imaginario) de la época.

Criterio relevante en la fabricación de íconos será el uso de esquemas de comprensión que visualicen los acontecimientos como algo reconocible. En éste sentido el artículo de Adolfo León Gómez busca precisar el *Estilo argumentativo de Miguel Antonio Caro*. Usando las teorías de la argumentación de Perelman y Olbrechts-Tyteca se dilucidan a través de ejemplos las estrategias enunciativas de Caro; el análisis de encadenamiento formal de las premisas revela tanto la rigidez con que defendía sus convicciones como la plasticidad con que lograba apabullar a sus contrincantes. Son famosas las discusiones que sobre teología y filosofía política mantuvo Caro para justificar el ejercicio de la dominación desde una concepción ciertamente dogmática y autoritaria. Menos famosos son los extraordinarios recursos retóricos a través de los cuales lo anterior fue alcanzado. Por eso los debates que sostuvo el polígrafo bogotano alrededor de temas como el utilitarismo interesan menos para constatar la consabida conclusión de la intransigencia conservadora de Caro que para identificar un estilo discursivo, para echar luz sobre las tácticas de verbalización, las formas que asumía la persuasión en un escenario donde las luchas por el poder deben entenderse como luchas por el poder de hablar. Lo que estaba implícito en las polémicas sobre el utilitarismo, como lo señala Alfredo Gómez-Müller (*Primer debate sobre Bentham en la Nueva Granada 1835-1836*) era la definición de un sentido de lo humano. Lejos de ser simples pasatiempos de logomaquia lo puesto en juego era el horizonte de inteligibilidad de lo entendido como humano, la concepción del sujeto, las nociones pre-conscientes que orientaban la toma de decisiones institucionales en materia de educación o regulación de cultos. Otro tanto puede decirse del tema del positivismo. Con Leonardo Tovar (*Ciencia y fe: Miguel Antonio*

Caro y las ideas positivas) penetramos en una confrontación de imágenes del mundo y no solo en un debate sobre temas ultra-especializados. De la forma de abordar esas problemáticas se derivó todo un enfoque sobre lo que debía ser el Estado, las funciones de la Iglesia, las medidas económicas que se toman etc. Reducir a Caro a una figura entretenida en hacer alardes de una erudición inentendible es distraer la atención del hecho de que allí se decidían los dispositivos de dominación como un conjunto de prohibiciones sobre el manejo de la lengua.

El mismo editor del volumen se focaliza precisamente sobre el autoritarismo de un Miguel Antonio Caro reacio a aceptar las ideas liberales en boga, ciego frente a las recientes constataciones de las ciencias experimentales, desdefioso de un racionalismo cada vez más extendido. Habría que asumir esos límites que imponía Caro a través del ejercicio del poder de su discurso como un campo de confrontación sobre las formas de dar sentido a la realidad política y no solamente como expresiones de una mentalidad retardataria. Es en este punto donde no solo Rubén Sierra Mejía sino otros articulistas del libro caen en una reedición de la imagen de Caro como obstaculizador del no cuestionado progreso económico y político del país. A pesar de diagnosticar con rigor documental el efectivo rechazo de Caro a lo que en conjunto entendemos hoy como modernidad, queda el trabajo de implicar esa interpretación como parte de un dispositivo de sujeción específico, donde las contenidas por el derecho a hablar en manera alguna son fenómenos de superficie, sino explicitaciones de una complejidad simbólica que determinó en buena medida el discurso estatal de sometimiento a los individuos.

Rodolfo Arango al ubicarse en los procesos de *Construcción de la Nacionalidad* constata ese desarraigo de Caro respecto de las tradiciones democráticas y el ejercicio de libertades propias de un Estado de Derecho. Pero lo que queda sin resolver en estas aproximaciones es justamente el papel de la idea de democracia como incuestionada directriz a la hora de pensar cualquier sistema político en la modernidad. O sea que la perspectiva del racionalismo es tomada como eje frente al cual los regeneradores y especialmente Miguel Antonio Caro habrían planteado obstáculos insalvables. De allí a culpabilizar el régimen regenerador de las desgracias de Colombia en la actualidad solo hay un paso que en algunos casos, como en el prólogo, se da sin dubitación alguna: “Su análisis [el de Miguel Antonio Caro] nos situó -así lo conjeturamos y así lo confirmamos- en una tradición de pensamiento que durante varias décadas mantuvo al país aislado del flujo de las ideas modernas con las que verdaderamente se pudiera responder a los problemas que planteaba el mundo contemporáneo”².

² *Ibid.* Pág.8.

Partiendo de la hipótesis de la pluralidad del pensamiento regenerador los análisis de Salomón Kalmanovitz (*Miguel Antonio Caro, El Banco Nacional y el Estado*) y Marco Palacios (*La Regeneración ante el espejo liberal y su importancia en el siglo XX*) continúan la línea explicativa que da por descontado el concepto de modernidad aplicado por oposición al pensamiento de M.A Caro. Palacios elabora un marco de discernimiento donde el derecho, la gramática y la geografía son los pilares cognoscitivos que caracterizan el período. Esforzándose por abandonar la simplificación analítica en un espacio como el de la política Palacios añade otros componentes que revalúan la polarización simplista entre liberales radicales y conservadores regeneradores. Kalmanovitz por su parte estudia a través de la política económica de estos gobiernos la consolidación de condiciones para el posterior desenvolvimiento de un modelo propiamente capitalista en Colombia. La conclusión es que a pesar del freno ideológico que la entronización del catolicismo habría causado en nuestro país, la unificación política y el establecimiento de una banca central a la larga contribuyeron al afianzamiento de relaciones de producción capitalistas (industrialización) en Colombia.

Puede sostenerse, entonces, que los trabajos hasta aquí reseñados constituyen un soporte hermenéutico de importancia dada la rigurosidad de las investigaciones emprendidas, pero en el intento por desenredar la cultura de la época se pasa por alto que tal concepto de cultura depende directamente del manejo simbólico maquinado por el Estado, donde la intervención de un personaje como Caro no solo pone diques a las concepciones liberales sino que tales concepciones son un producto de enfrentamientos discursivos específicos. Lo que quiere decir que no puede reificarse un término (modernidad, racionalismo, progreso económico, libertad de expresión, etc.) considerado cardinal en las deducciones de los historiadores, sino que hay que preguntar por las estrategias que manufacturaron tales términos. Caro mismo es un subproducto de los agenciamientos de enunciación dominantes, de los Universos conceptuales que funcionaron como mapas orientadores de la praxis en la Colombia decimonónica.

Con respecto a las convenciones literarias el enfoque sigue siendo el mismo. David Jiménez profundiza sobre el alcance de la estética modernista en Colombia, para culminar aseverando que basándose en una función moralizante de la poesía y el arte en general Caro habría retardado la aparición de obras de corte vanguardista. Es por ello que en frente a las diferentes aproximaciones del libro *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* se privilegian aquí los controles implementados durante la regeneración a la libertad de decir, no para asumir que con tal comportamiento el Estado se atrincheró en una fortaleza vetusta y contraria a las evidentes bondades de las libertades democráticas, sino para entender cómo se crearon tales significantes

(represión, estado policivo, intransigencia religiosa, pureza idiomática), a través de qué mecanismos de poder se fabricó un horizonte discursivo que no es que le de la espalda al racionalismo reinante sino que constituyó la plantilla para significar todos esos conceptos. A ese respecto Sergio Echeverri (*Libertad de imprenta según Miguel Antonio Caro*) emprende una revisión donde se detalla el funcionamiento de la censura, la radicalización respecto a la crítica, y sobretodo, la legitimidad que los gobiernos regeneracionistas daban a tal proceder sojuzgante.

Con el texto de Fernando Cubides (*Representaciones del territorio, de la nación y de la sociedad en el pensamiento colombiano del siglo XIX: cartografía y geografía*) es posible pensar todo el entrecruzamiento de imágenes de la política de la época como componentes de una matriz simbólica, que como el mapa oficial de la República, centraliza y organiza todos los significados dispersos, garantizando así el aglutinamiento mental necesario en todo intento de homogenización nacionalista. Las representaciones del territorio operaban como soporte de las dispares ideas de la geografía nacional, otorgándole así al mapa el papel de estabilizador semiótico, creador de una idea de espacio compartido, de un entorno común, reconocible. Precisamente de la idea de una imagen como modeladora de las percepciones de los individuos partió este ensayo. En el mismo sentido de los análisis de Fernando Cubides se toman ciertas representaciones relevantes (El mapa, las caricaturas, los rostros hieráticos de los padres de la patria) no solo como síntomas de un modo preponderante de graficar sino como diagramas de los procedimientos de composición de las imágenes en general, como un catálogo de pautas de visualización dadas.

En el caso de los emblemas nacionales son claros los lineamientos implementados y el fin ejemplarizante perseguido. Pero tanto para las ilustraciones paródicas como para la proyección del espacio en un cartograma estas bases de configuración varían, plantean disidencias sobre los sacrosantos contornos de lo tenido por reverenciable, permiten contemplar la puesta en ridículo de los criterios de institucionalización de la realidad.

Por eso la ilustración de la carátula ya anticipaba el contenido mismo del libro. Como un diagrama panóptico el brazo de Núñez echando por tierra las pretensiones volátiles de la oposición compendia extraordinariamente los ejes temáticos que animan los trabajos que lo integran.

Los escritos contextuales de Clara Helena Sánchez Botero y Diana Obregón completan éste panorama desde el punto de vista del desarrollo de las matemáticas y la Historia de la Ciencia para el caso colombiano de las postrimerías del siglo XIX. Vislumbrar, como lo hace Diana Obregón, el ambiente institucional y las asimetrías en las relaciones de fuerza que rodearon una empresa como la de Juan de Dios Carrasquilla permite ensanchar la idea

de una científicidad que avanza en línea recta hacia un perfeccionamiento creciente, una racionalidad médica objetiva, neutral. Para Diana Obregón lo central es ubicar la práctica científica en medio de intereses que determinan la plausibilidad o no de una terapéutica como la diseñada por Carrasquilla en el caso de la lepra. Resulta orientador comprender el régimen regenerador con relación a la clase de apoyo prestado a investigaciones científicas. Lo que se encuentra en medio de estas discusiones, una vez más, son las concepciones de salud y enfermedad como producto de agentes patógenos específicos o derivadas de la acción misteriosa de un Dios indescifrable.

En cuanto a las matemáticas y el surgimiento de las carreras de ingeniería en nuestro país el abordaje que hace Clara Helena Sánchez al problema muestra igualmente que detrás de un ideal de progreso se escondían motivaciones políticas que determinaron que en las universidades surgieran tardíamente facultades dedicadas a la formación de profesionales en esas áreas.

En cuanto mapa, *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* permite localizar un personaje como Caro en un contexto no siempre unívoco, apartándose así de las interpretaciones más claramente apologéticas que han caracterizado la historiografía de la regeneración (Academia Colombiana de Historia, Instituto Caro y Cuervo). Complejizando así un período histórico tan determinante en la Historia de Colombia. Las tentativas de dilucidar los debates que se presentaron en ese período, trazando un marco de intelección político no sectarizado, unas líneas de comprensión plurales, donde el aspecto cultural cobra una gran preponderancia pueden tenerse como los aportes más valiosos del volumen. La remisión permanente a fuentes no solo documentales sino iconográficas enriquece notablemente el análisis. Más allá de la heterogeneidad de perspectivas queda un trabajo de desmitificación de algunos prejuicios inatacados sobre la persona de Caro y las circunstancias de su gobierno, la poderosa influencia de un carácter tan conspicuo; porque solamente a través de un estudio pluridisciplinario es posible leer a un autor igualmente polifacético: a partir de sus actuaciones verbales, teniendo a la vista sus escritos, cotejando la transcripción de sus vehementes discursos, reflexionando sobre las caricaturas que tergiversan su efígie de santidad, revisando los programas de gobierno y las consecuencias económicas de sus determinaciones políticas; una constelación de elementos como punto de partida obligatorio para cualquier ulterior estudio que se haga sobre Caro y su entorno histórico.

Por otra parte, la crítica que ha intentado afirmarse en este ensayo obedece más al deseo de continuar el horizonte investigativo abierto por el libro. Porque iniciada la labor de desreificación de ciertas concepciones convencionales -según las evidencias históricamente alcanzadas-, puede intentarse llevar la pesquisa histórica a un terreno donde los supuestos más

básicos de la investigación son igualmente puestos en duda. Me refiero a una consideración sobre la naturaleza específicamente discursiva de los mecanismos de dominación presentes durante la regeneración. Partiendo de la construcción simbólica de los referentes políticos y epistemológicos manejados por Caro y no de su naturalización como situados por fuera de la indagación del historiador.

Así, habría que desensamblar las estrategias de armado enunciativo de la nación catolizada, legibilizar las tácticas mismas de legibilización de una conducta como delito contra la autoridad de la Iglesia o del Estado inseparablemente ligado a ella. Caricaturizar a su vez la manera de fijar la percepción de los actores políticos del momento, precisamente en una coyuntura histórica donde como nunca, saltan a la vista los procesos de domesticación de los discursos, el culto por la palabra, la limpieza disciplinada del idioma. Circunstancias éstas que para la tradición política y jurídica de Colombia no dejarían de proyectar su sombra hasta nuestros días.

David Valencia Villamizar

*Estudiante de Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia*

Medófilo Medina y Margarita López Maya. *Venezuela: Confrontación social y polarización política*. Bogotá: Ediciones Aurora, 2003.

La intensidad del debate público y del enfrentamiento político al que asiste el país desde 1998, ha logrado penetrar los espacios sociales más diversos, incluso aquellos en los que se creía que estaban vedados asuntos tan terrenales como los políticos, tenidos hasta la víspera como banales y de poca monta. Tal es uno de los saldos más trascendentales del proceso de transformación en curso hoy en Venezuela. Esto último es tan innegable, que constituye una verdad compartida por los dos bandos en que fatalmente está dividido el país.

De allí que no pocos de los encargados de reflexionar sobre los problemas sociales, y su correspondencia con las transformaciones hasta el momento operadas, han abdicado de su condición de estudiosos de lo social, para trocarse en defensores acríticos de uno de los dos bandos que se disputan el poder, y en consecuencia, la posibilidad de implantar alguno de los dos modelos de sociedad hoy en pugna.

Un esfuerzo intelectual por comprender la naturaleza y las características más destacables de lo que está ocurriendo en Venezuela, se expresan en el libro *Venezuela: confrontación social y polarización política*, de los